

**Lunes XXIII del TO
Ciclo B**



9 de septiembre de 2024

1Cor 5, 1-8

Sal 5

Lc 6,6-11

P. Eduardo Suanzes, msp

Jesús, llega a la sinagoga un sábado para enseñar. Su finalidad es descubrir, a la gente que se reúne, al Padre de la misericordia, del cual Él es su rostro. Mostrarles a un Dios concebido desde la experiencia de Él mismo y no desde la norma, no desde la rigidez, ni desde la Ley. La enseñanza de Jesús va pues al corazón. Él es el rostro de la misericordia del Padre y se propone descubrirla ante sus hermanos. Su objetivo es descubrirles a un Dios lleno de ternura y preocupación por sus hijos. Por eso, muy frecuentemente elige el sábado para enseñar, porque es el día santo. Él no va contra el sábado: quiere ponerlo en su sitio y su sitio es que se hizo el sábado para el hombre y no al revés. El hombre es el centro de Dios y eso es lo que quiere enseñar.

Sin embargo, por ser sábado, también están ahí los del partido fariseo. Ellos conciben a Dios desde el hacer y no desde el ser. Para ellos, Dios es un ser que vigila el cumplimiento de todos sus preceptos; un Dios al que solo le importan los resultados, no importa qué precio se ha tenido que pagar para conseguirlos. La misericordia de Dios, para ellos, es solo un concepto sapiencial que solo se aplica a los rezos de los salmos y al recuerdo teórico de alguna hazaña del pasado.

Entra Jesús y comienza su enseñanza. Se había dado cuenta de que entre sus escuchantes había un hombre que tenía la mano derecha paralizada. No hace nada y Él seguía a lo suyo: la misericordia del Padre. Lucas no nos dice el contenido de esa enseñanza, porque lo que le interesa es lo que viene después: la enseñanza real, la que quiere que aprendamos se centrará en lo que vendrá después.

Comienzan a desatarse los acontecimientos. Jesús se da cuenta de que los fariseos murmuran fijándose en Él y en de la mano paralizada. Allí, en la sinagoga, símbolo del ámbito religioso por excelencia de Israel, se estaba dando la postración en lugar de la rehabilitación; la incapacidad que paraliza para todo, en lugar de la libertad para servir. Y todo ello simbolizado en la parálisis de aquel hombre. Un hombre con la mano derecha paralizada no puede servir, no puede trabajar; todo lo tiene que hacer con la mano izquierda, y eso para los orientales es impureza, pues con ella hacen todo lo bajo y sucio. El sistema religioso, pues, era incapaz de rehabilitar, de purificar, de dar la libertad para el servicio. Justamente lo que representan los fariseos. En realidad el de la parálisis es una metáfora viva de lo que ellos son.

En realidad, los fariseos no se están fijando en el postrado, en el abatido: no se dan cuenta de que existe y si lo hacen, lo utilizan como estratagema para tener algo con qué dañar a Jesús. Tampoco se fijan en Jesús, en lo que está enseñando; sus palabras no están ni siquiera

rascando un poco sus corazones, porque lo tienen endurecido por la norma, por el cumplimiento, por la Ley. Jesús está desmoronando todo su sistema religioso que postra al ser humano. Están tan metidos en su mundo que no son capaces de tener la experiencia del Dios misericordia que Jesús les está ofreciendo. **Porque la misericordia no es algo que se pueda aprender, entender desde fuera: para comprender la misericordia hay que experimentarla** y de eso están muy lejos los fariseos, no están dispuestos. Es una pérdida de tiempo y nada seguro, porque te pone a la intemperie. Lo seguro es lo cuadrado, lo que se controla, lo esperado. Someterse a la misericordia, dejarse abatir por ella es perder el control de tu vida para dejarse llevar por lo que el Espíritu te propone en cada momento.

Por eso están al acecho. Espían a Jesús para acusarlo ante las autoridades religiosas de Jerusalén y deshacerse de Él. Pero Jesús que de tonto no tiene ni un pelo se da cuenta inmediatamente de sus maquinaciones y los provoca abiertamente.

Les pone al hombre postrado en el centro de la asamblea para que se den cuenta de él, de la postración que existe en su sistema religioso, cuadrado y sin vida. Al menos en estos momentos le estarán mirando. Jesús los reta con la muerte y la vida, con el bien y el mal. Y compara la vida con el bien y la muerte con el mal. La postración de este hombre, impedido para todo, es la muerte, el mal. ¿Qué querrá el Padre de las misericordias, como ellos llaman a Dios en todos sus rezos?

Aquí lo escandaloso de Jesús está en situar al hombre en el centro de la misericordia de Dios. El hombre es el destinatario primero y último de la ternura de un Padre, que si es tres veces Santo, es mil veces Madre, como le decía la beata Concepción Cabrera a su hija Teresa, cuando ella se le quejaba, desde el Convento, de que la echaba mucho de menos. **El Dios tres veces santo es mil veces Madre**, le contestaba.

Pero ellos siguen sin ver. A pesar de que el postrado está en el centro de la escena, siguen sin ver. A pesar de que Jesús les está hablando de vida, solo tienen ojos para la muerte y el mal. Eso es lo que realiza en nuestro corazón la religión de un dios separado del hombre. Y ante la liberación de la postración los fariseos se ponen furiosos porque los enfrenta con su propia realidad: un yo egoísta cuyo centro, cuyo sol del sistema planetario, es él mismo, que quiere controlar cualquier situación y para el cual el ser humano es útil solo sin puede servir a ese centro que es el yo mismo farisaico.

Nunca separar a mi hermano de Dios: servirle es servir a Dios. No nos equivocaremos si a la hora de poner a Dios como blanco último de todas mis aspiraciones, ponemos a nuestros hermanos de comunidad, para servirlos, para liberarlos de su postración, de su abatimiento.